

republicanos. El capítulo V, «La izquierda republicana y los socialistas, 1931-1933», se abre con afirmaciones que, de ser ciertas, renovarían totalmente el conocimiento histórico sobre el período: «Si el movimiento de la clase obrera española se caracterizó hasta 1917 por su insignificancia, lo mismo podía decirse del republicanismo español hasta 1930. Desacreditados por los excesos de 1873-74, los pequeños grupos republicanos de principios de siglo eran ignorados por la mayoría de la clase media». Una mínima lectura del libro de Miguel Martínez Cuadrado sobre las elecciones en la Restauración hubiera podido modificar la impresión de Payne sobre la base del republicanismo, y en cuanto al movimiento obrero, el juicio resulta inexplicable. Lo único evidente, como no podía menos de suceder, es que el sujeto histórico desconocido por Payne cometiese excesos. Ya en las vías de la Historia-ficción, añade el profesor norteamericano que, «de manera general, el republicanismo español se dividió en dos tendencias: extremismo incendiario y moderación liberal». Pi y Margall (como más tarde Ferrer Guardia) queda eliminado, suponemos que como elemento disfuncional. Aunque tal vez se refiera al grupo federal la denominación que más adelante establece Payne de «regionalistas prácticos» dentro del republicanismo. Como la increíble clasificación de partidos republicanos de la página 109, donde figura como partido republicano formado en 1931 un Partido Nacional Vasco (aquí, como en cuanto a Izquierda Republicana, la confusión de términos y tiempos es constante), lo único evidente es el desconocimiento que ostenta Payne respecto al republicanismo. Aunque, como siempre, todo está claro: el único republicano «responsable» es Melquiades Álvarez, con su Partido Reformista. Cuando le llega el turno a Azaña, el problema de la Iglesia es despachado con la referencia al sectarismo anticlerical. La confusión se repite en el capítulo sobre el sindicalismo, siendo principales afectados el treintismo, Horacio M. Prieto y Pestaña, en menor medida, porque sobre este punto cuenta Payne con una nueva

guía: la tesis doctoral de S. J. Brademas. Si bien en puntos como el nacimiento del partido sindicalista, las afirmaciones de Payne son tan inexactas como las que en la página 207 hace sobre la unificación de Sindicatos católicos y libres.

Interesa subrayar, en todo caso, que lo grave en el caso de *La revolución española* no es la lista, más o menos larga, de errores, sino la concepción política e histórica que subyace a la misma, permitiendo establecer una falsa totalización, por una parte, sobre una corteza de datos en ocasiones palmaria, y, por otra, eliminando deliberadamente niveles decisivos a la hora de determinar el conflicto social. Por ejemplo, sin precisar la coyuntura económica y el comportamiento de las agrupaciones patronales frente a la legislación social, no es posible enjuiciar una línea sindical obrera, y otro tanto cabría decir respecto a las fuerzas políticas. En otro caso, como ahora sucede con Stanley Payne, el resultado no es sino un testimonio ideológico más, en la línea de un centrismo muy operativo en los momentos actuales, sobre la génesis y desarrollo de la guerra civil. El hecho de que Stanley Payne consiga un excelente nivel formal en su exposición, no evita que, en particular para el período anterior de julio de 1936, su libro tenga mucha más carga encubridora que positiva. Luego, los defectos persisten, agravados incluso en ocasiones (recordemos sólo el reproche, verdaderamente genial, de no haber celebrado elecciones parlamentarias durante la guerra, página 318), pero la labor de documentación ha sido más intensa, con lo que, como decían las antiguas censuras eclesíásticas, la lectura de estos capítulos puede resultar útil y provechosa. La ideología, además, se encuentra tan a flor de piel, que la generalización «objetiva y seria» de Payne puede, llegado el caso, ser fácilmente marginada.

■ ANTONIO ELORZA.

Por una semántica de los «comics»

Dos partes perfectamente diferenciadas tiene el en-

sayo de Román Gubern (1), que aporta un trabajo excelente a la escasa bibliografía española sobre el comic. Sin duda, lo más valioso es el intento de estructuración de los elementos del comic en una semiología propia, la del lenguaje de los comics.

En la primera parte, Gubern fundamenta, a través de un somero análisis histórico-económico, el nacimiento y desarrollo del comic como producto cuyo destino va unido al avance técnico, difusión e influencia de la prensa en las masas. Tesis que viene a contraponer a aquella otra con infusas culturalistas que localiza los primeros comics en los jeroglíficos egipcios. Parcialmente de acuerdo con Gubern, quien olvida gravemente el desarrollo de la industria del comic-book —equivalente a nuestros tebeos—, a partir de la Gran Depresión, y que en la actualidad supera en importancia, a todos los niveles, a la tradicional producción de comics para la prensa.

(1) *El lenguaje de los «comics»*, Román Gubern. Ed. Península/Distribuciones de enlace. Barcelona, 1972. Fue publicado en capítulos por la revista *Imagen y Sonido* (núms. 85 a 94, Barcelona, 1970-71), excepto el apéndice «La verdadera historia de "Yellow Kid"».

A continuación, Gubern estudia el lenguaje de los comics, distinguiendo entre macrounidades, unidades y microunidades, según se refiera a la estructura global del comic, a las viñetas o pictogramas y a los distintos elementos de ésta. El discurso sintagmático del



comic se deriva de la relación de unas unidades con otras. Valiéndose, pues, del lenguaje de la semántica estructuralista y del cinematográfico —ya utilizado por Antonio Lara en una ocasión anterior—, Román Gubern propone un fundamento coherente para

un estudio semiológico de los comics, del que es oportuno destacar la definición que de ellos propone: *Estructura narrativa compuesta por pictogramas, en los que pueden integrarse elementos fonéticos*.

Sin embargo, el trabajo de Gubern adolece en muchos puntos del rigor que emplea en el análisis lingüístico, lo que hace que se resienta la estructura general. Fundamentalmente se observa una documentación escasa, cuyas fuentes son conocidas para el especialista, que lleva al autor a generalizaciones exageradas a partir de la observación de un número insuficiente de ejemplos representativos. La parte gráfica, de obvia importancia en un trabajo de este tipo, sufre el mismo defecto al limitarse a recoger la de algunos manuales extranjeros.

El lenguaje de los comics, junto a los *Apuntes para una historia de los tebeos*, de Martín; *Los «comics»*, de Moix, y *El apasionante mundo del tebeo*, de Lara, forman un cuerpo bibliográfico fundamental que ha de permitir el desarrollo de trabajos en profundidad y monográficos sobre la estética, historia y sociología del medio. ■ IGNA-
CIO FONTES.

EL GOLFO DE TONKIN: HISTORIA DE UN INCIDENTE QUE NUNCA EXISTIO

Con sólo unos meses de diferencia sobre su primera edición en los Estados Unidos, se publica ahora en España *La guerra del Presidente*, de Anthony Austin (1): una minuciosa obra de periodismo político en la que se examina la capacidad de poder y decisión del Presidente de los Estados Unidos («con tanto poder de decisión sobre la guerra y la paz, concentrados en manos de tan pocos, el tiránico belicismo de los Reyes, que desapareció gracias a las cláusulas de la Constitución, vuelve con disfraz democrático, y la República está en peligro»), examinado especialmente sobre un caso concreto: el famoso «incidente» del golfo de Tonkin, que produjo o dio pretexto a la intervención masiva de los Estados Unidos en Vietnam. No era desconocida la idea de que el famoso incidente no existió nunca, al menos como lo cuenta la Historia oficial, sino que todo fue una provocación montada y preparada minuciosamente para explicar una intervención que, según los cerebros

de Washington y el equipo de la Casa Blanca, debía producir inmediatamente el apaciguamiento de Vietnam; sin embargo, Anthony Austin aporta pruebas, relatos, análisis, estudios sobre aquel hecho que, en su tesis, no dejan lugar para ninguna clase de dudas: «Exploando una inesperada oportunidad, engañando deliberadamente al Congreso y al pueblo americano sobre la naturaleza de la patrulla y las pruebas de un ataque, fueron capaces de obtener, mediante este engaño, una autorización del Congreso para librar una guerra que habían decidido en secreto meses antes, mientras prometían la paz a los electores». A pesar de la fuerza de esa acusación, Austin considera que estos responsables son hombres «honestos y honorables», que creían sinceramente que la extensión del comunismo requería, para evitarla, los medios empleados; pero fueron traicionados por su propia trampa e hicieron caer en ella al país, «atrapándole en una intervención cuyas dimensiones no habían comprendido bien al principio y cuya liquidación resultó escapar a su capacidad». ■ J. A.

(1) *La guerra del Presidente*, Anthony Austin. Colección «Testimonio de Actualidad». Editorial Dopesa. Barcelona, 1972.